

S3. ESPIRITUALIDAD ECOLÓGICA Y ESTILOS DE VIDA

En esta sección se presenta la necesidad de promover estilos de vida coherentes con la espiritualidad de la ecología integral, y de tratar de desarrollar algunas actitudes concretas a desarrollar en la vida cotidiana. Lo haremos mediante una motivación inicial, que puede ser dialogada, de unos 30 minutos de duración, y una dinámica posterior de trabajo en grupos de hasta 60 minutos. El texto de la motivación inicial está extraído de la conclusión del libro Todo en todos. Una espiritualidad de conexión, de José Eizaguirre, publicado por Desclee de Brower, 2020).

Motivación inicial

Pocas experiencias son tan fascinantes como la contemplación de una noche estrellada en toda su majestuosidad. Cada punto de luz que vemos es una estrella, tal vez con planetas, de las cientos de miles de millones que pueblan la Vía Láctea. Algunos puntos son lejanas galaxias que pueden contar con un número similar de estrellas, entre los cien mil millones de galaxias que existen...

Vivimos en un mundo maravilloso y en un universo sorprendente que lleva unos 13.700 millones de años de evolución. Un universo que, contrariamente a lo que nos transmite el relato del Génesis, no está concluido, sino que le quedan todavía varios miles de millones de años por delante en los que, con seguridad, seguirá desarrollándose el proceso de despliegue y complejización que descubrimos en nuestro planeta. Una "cosmogénesis" que va conduciendo al universo a grados cada vez más evolucionados de biodiversidad, conciencia y amor, hacia un estadio final inimaginable.

Vislumbrar todo esto nos hace experimentar una serie de sentimientos y actitudes que podríamos calificar como típicamente espirituales: asombro, reverencia, alabanza y adoración, sentido de pequeñez y humildad, integración, empatía y compasión, gratitud y gratuidad, espera y esperanza, confianza, disponibilidad y entrega servicial. El asombro es así una puerta de acceso natural a todo lo demás, aunque también son posibles otros itinerarios. En cualquier caso, la persona espiritual descubre la experiencia de sentir que forma parte de algo que le conecta a todo y a todos, y que le lleva a sentirse profundamente hermanada con todos los seres vivos y, por tanto, responsable.

No es difícil –aunque tampoco evidente– descubrir en este proceso evolutivo la voluntad inteligente y amorosa de un ser supremo creador al que llamamos Dios. En la historia de la humanidad, las diversas culturas y civilizaciones lo han llamado de maneras diferentes, buscando mediaciones que canalizaran la relación con Él/Ella, en forma de lenguaje religioso, ritos, lugares, objetos, costumbres y estructuras sociales. La humanidad expresa así su necesidad de conectar con su fuente de vida y sentido.

Cuando bajamos la vista del cielo estrellado y contemplamos el suelo, "en basura y contaminación sepultado", nos damos cuenta de que estamos metidos en una grave crisis multidimensional, que pone en peligro la vida en la Tierra tal como la conocemos. En el

plano medioambiental, Cambio Climático, pérdida de biodiversidad, contaminación, degradación de los suelos y otros alarmantes indicadores de que estamos traspasando el límite biológico del planeta. En el plano social, aumento progresivo de las diferencias abismales entre ricos y pobres, migraciones masivas, auge de ideologías extremistas azuzadas por el miedo y el odio, amenazas terroristas y –no lo olvidemos– posibilidad de utilizar armas de destrucción masiva mientras existan.

Esta crisis tiene una dimensión ética, en cuanto brota de una inadecuada relación del ser humano –consigo mismo, las demás personas, otros seres vivos, la Tierra y el cosmos–. Se trata de una relación “técnica”, funcional, que busca sin más consideraciones la utilidad y provecho propio, entendido sobre todo en términos materiales. En la raíz de lo que le está pasando hoy a nuestra casa común hay por tanto una concepción desviada de nuestra propia comprensión como seres humanos. Nos hemos considerado “superiores” a otras formas de vida, como si fuéramos la culminación de la creación y eso nos diera derecho a actuar como dominadores y explotadores, en lugar de reconocernos parte de una naturaleza incalculablemente biodiversa y de un proceso cosmológico inabarcable. Por eso, hoy estamos descubriendo que para salir de esta grave crisis socioambiental necesitamos imperiosamente poner el cuidado de la vida en el centro de nuestra manera de sentir, pensar y comportarnos.

Para abordar esta crisis todo es importante porque todo está relacionado. Pero la dimensión espiritual es primordial para afrontar lo que está pasando a nuestra casa común y a nuestra sociedad planetaria. Hemos de recobrar una espiritualidad que nos lleve a sentirnos hermanos y hermanas de todo y de todos.

Esta así llamada "espiritualidad de conexión" está íntimamente unida a un determinado estilo de vida. Practicar esta espiritualidad lleva consigo poner en práctica una manera de vivir consecuente. Y viceversa: esforzarnos por vivir de determinada manera nos ayuda a ir profundizando en el sentimiento de conexión con todo lo que nos rodea. La espiritualidad lleva al comportamiento y éste refuerza la espiritualidad. Por eso, junto a prácticas clásicamente espirituales como la oración silenciosa o la contemplación de la naturaleza, son importantes la manera de alimentarnos, de comprar y contratar, de utilizar la tecnología, de mantener un ritmo de vida equilibrado o de posicionarnos políticamente. Todo ello no como un imperativo ético o ideológico sino como fruto de una sensibilidad profunda, de un resorte espontáneo, de una motivación interior.

En esta vocación se hace necesaria más que nunca la comunidad como ámbito de sentido, de apoyo mutuo y de acción conjunta. Especialmente sabiendo que esta espiritualidad y estilo de vida es algo todavía minoritario en la Iglesia. No es solo una cuestión práctica –solos no llegaremos muy lejos–; es, sobre todo, una consecuencia elemental de esta manera de concebirnos como seres en relación, que crecemos en la medida en que salimos de nosotros mismos para interser con todo y con todos. En esto, como en otros muchos aspectos, la encíclica *Laudato si'* nos sirve de inspiración: "Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra." (LS 92).

La Oración por nuestra tierra con la que concluye la *Laudato si'* es un bello ejemplo de expresión en forma de plegaria de esta espiritualidad de conexión, que puede servirnos tanto para la oración personal como para compartir en celebraciones conjuntas.

Dinámica de trabajo

En el texto anterior se dice que “Esta "espiritualidad de conexión" está íntimamente unida a un determinado estilo de vida” y se mencionan siete ámbitos de comportamiento:

1. Oración y contemplación
2. Ritmo de vida
3. Alimentación
4. Consumo de productos (comprar)
5. Consumo de servicios (contratar)
6. Uso de la tecnología
7. Posicionamiento político

Y todo ello “no como un imperativo ético o ideológico sino como fruto de una sensibilidad profunda, de un resorte espontáneo, de una motivación interior”.

Se deja un tiempo de silencio para que cada participante reflexione sobre estos siete ámbitos y seleccione uno o dos de ellos en los que tiene alguna luz que aportar a los demás, un logro, una experiencia positiva.

Después se pregunta quiénes son las personas que tienen algo que aportar en cada ámbito, procurando equilibrarlos, y se pide que lo vayan exponiendo, empezando por el ámbito 1 y terminando por el 7. En cada uno de ellos puede animarse una puesta en común de experiencias: prejuicios culturales, dificultades prácticas, logros, apoyos...

Se termina recordando que “en esta vocación se hace necesaria más que nunca la comunidad como ámbito de sentido, de apoyo mutuo y de acción conjunta”.